



## LAS MUJERES QUE HABLAN SON PELIGROSAS

Ponente: **Nuria Varela**

La primera reivindicación de las feministas, incluso antes de reconocerse como tal, fue la educación. Primero la educación básica, leer y escribir, la llave que abre la puerta de la vida propia; después, la educación superior, negada tozudamente a las mujeres hasta el siglo XX. Ahora, en este siglo XXI, con las aulas de las universidades llenas de mujeres jóvenes –aunque aún existen brechas en algunas ramas del conocimiento-, la reivindicación continúa. La autoridad sigue negada a las mujeres, como sigue negado el reconocimiento a nuestra historia y aún más a toda tradición política, cultural y académica feminista.

Ha sido tarea del feminismo de las últimas décadas cuestionar, modificar y ampliar los saberes. Desde que las mujeres conquistaron el derecho a acceder a la educación masivamente y en todos los tramos –sólo en Occidente–, comprobaron estupefactas cómo la aparente neutralidad de la ciencia era sólo eso, aparente, una gran farsa, y el saber científico, un saber reducido sólo a una parte del mundo.

La elección de los temas de investigación, la forma de aproximarse a ellos, la interpretación de datos y resultados... tienen lugar bajo una perspectiva que pretende hacer universales unas normas y unos valores que responden a una cultura construida por los varones y defensora del dominio masculino. Cualquier forma de definir, clasificar, nombrar... es arbitraria, pero tiene una función ideológica porque determina una manera concreta de explicar la realidad. La representación de esa realidad se hace bajo los intereses del poder.

En el caso de las mujeres, ha sido especialmente importante puesto que hemos sido representadas. Es decir, la prohibición expresa a las mujeres de acceder a la cultura y producirla, significaba la prohibición de explicar la vida y explicarnos a nosotras mismas. La consecuencia es que tanto las mujeres como la vida hemos sido definidas por los varones, obviamente, bajo sus intereses y puntos de vista.

Este androcentrismo en las ciencias y en la cultura ha producido una ingente cantidad de mentiras. Son las *falacias viriles* de las que hablaba Kate

Millett. Algunas de estas mentiras, repetidas durante siglos, están tan arraigadas que resulta difícil incluso detectarlas. Por esta razón el pensamiento feminista forma parte de la filosofía de la sospecha como fórmula de acercarse al saber: hay que aprender el componente de poder que reside en el núcleo de toda verdad y desconfiar de ciertas verdades aun aparentemente bien establecidas.

Ha sido, es, una carrera de fondo que no ha terminado. El feminismo se hizo tal cuando tomó la palabra. Cuando las *nadies* que diría Galeano, tomaron conciencia de su situación, no solo conciencia de lo que las rodeaba y además, le pusieron nombre, le pusieron voz, le pusieron palabras. Conceptualizar es politizar, como bien nos ha enseñado Celia Amorós. Desmontar las “falacias viriles” es un reto para el que necesitamos el poder de la palabra y reapropiarnos de los conceptos.